

Ecós de la Guerra Civil. La glorificación del gudari en la génesis de la violencia de ETA (1936-1968)¹

Gaizka FERNÁNDEZ SOLDEVILLA

IES Marqués de Manzanedo (Santoña)

Ernest Renan declaró en su más célebre conferencia (la Sorbona, 1882) que «el olvido y, yo diría incluso, el error histórico son un factor esencial de la creación de una nación»². En efecto, los movimientos patrióticos generalmente se asientan en una versión adulterada del pasado en la que no faltan las omisiones selectivas, las manipulaciones o los mitos. Matthew Levinger y Paula F. Lytle han señalado que en la narrativa histórica del nacionalismo se distinguen tres fases entrelazadas. En primer lugar, una Edad de Oro que acabó abruptamente por la intervención de un agente interno o externo (el enemigo). Segundo, un presente de decadencia en el que la identidad patria está a punto de desaparecer (sentimiento agónico). Cada variante o subvariante del canon prescribe su peculiar solución para enfrentarse a tal desafío: quién y cómo. Y, tercero, después de la victoria, se vislumbra un futuro utópico (verbigracia, la independencia o la expansión territorial)³.

El relato de los nacionalistas atañe a la nación en su conjunto, pero está protagonizado por arquetipos individuales: héroes, villanos, traidores, etc. Aquí nos interesa el primero, de cuya instrumentalización simbólica (por medio de conmemoraciones rituales, fiestas, manifestaciones, monumentos, carteles, pintadas, canciones, publicaciones periódicas, literatura histórica militante, memorias, novelas, obras de teatro, cine, etc.) en ocasiones se derivan sustanciosos réditos políticos. El héroe es un ser humano excepcional que se enfrenta valerosamente al enemigo de la patria. Sus decisiones y gestas, en palabras de Jesús Casquete, son vistas como «necesarias, provechosas y modélicas para la comunidad de referencia». También son altruistas y muy arriesgadas. En caso de que su compromiso le lleve a sacrificar su vida, el héroe es elevado a una categoría superior: «la versión secularizada del mártir caído por Dios». Los personajes heroicos tienen una clara funcionalidad: cohesionar a la nación, confirmar la identidad colectiva y potenciar la movilización, especialmente de la juventud militante, a la cual se le presenta un atractivo modelo a imitar. De ahí la tan manida cita de Tertuliano (*Apologeticum*, 50, 13): la sangre de los mártires es simiente de nue vos

¹ Agradezco a José Luis de la Granja, Raúl López Romo, Jesús Casquete e Idoia Estornes sus valiosas sugerencias para mejorar el texto original, así como a Nicolas Ruiz la útil información que me ha brindado.

² Ernest RENAN, *¿Qué es una nación?* Madrid, Centro de Estudios Constitucionales, 1983, p. 14.

³ Matthew Levinger y Paula Franklin Lytle, «Myth and mobilisation: the triadic structure of nationalist rhetoric», *Nations and Nationalism*, n° 7, 2001, p. 175-194.

cristianos (sustitúyase «cristianos» por «patriotas»). En último extremo, la utilización de estas figuras puede ayudar a legitimar una opción violenta⁴.

El nacionalismo vasco radical ligado a ETA, *Euskadi Ta Askatasuna* (Euskadi y Libertad), ha hecho lo propio con sus correspondientes héroes y mártires (los miembros de la banda terrorista, ya estuvieran en activo, en la cárcel o muertos). Tal y como ha estudiado Casquete, el complejo y emotivo despliegue ritual creado alrededor de los *gudaris* (soldados nacionalistas vascos) es uno de los elementos que ha configurado a la autodenominada «izquierda *abertzale*» (patriota) como una religión política: un movimiento ultranacionalista, antisistema, intransigente, violento y blindado a las críticas provenientes del exogrupo. Las liturgias asociadas a los ídolos de ETA van desde los actos de bienvenida a los *gudaris* etarras que han salido de prisión al establecimiento de un martirologio propio: un calendario plagado de fechas en recuerdo de los *gudaris* caídos⁵.

En cierta medida, el uso propagandístico de los *gudaris* ha contribuido al éxito de la «izquierda *abertzale*» para perpetuarse en el tiempo y asegurar la legitimización del terrorismo en su base sociológica. Ahora bien, «*gudari*», que genéricamente debería traducirse como soldado o guerrero, es un término muy anterior a la fundación de ETA. Está documentado desde finales del siglo XVIII⁶, aunque a partir de 1936 y hasta principios de los años sesenta se reservó para aquellos combatientes nacionalistas vascos que habían luchado en el bando republicano durante la Guerra Civil. De ahí, basándose en la idea de que había una continuidad natural entre unos («*gudaris* de ayer») y otros («*gudaris* de hoy»), tanto ETA como EGI, *Euzko Gaztedi* (Juventud Vasca) del Interior, adoptaron dicha denominación para referirse a sus propios activistas⁷.

La comunidad *abertzale* ha mantenido durante décadas una memoria distorsionada de la Guerra Civil (basta fijarse en el episodio del bombardeo de Guernica, presentado a menudo como un ataque español contra los vascos) y, por descontado, de la ensalzada figura de los *gudaris*. El fenómeno de su mitificación ya se detecta durante la propia contienda y fue acentuándose a lo largo de la dictadura franquista. Tuvo consecuencias a finales de los años cincuenta y durante los sesenta, momento en el que una joven generación de nacionalistas, quienes se presentaban como nuevos *gudaris*, chocó con la pasividad de la generación de los *gudaris* veteranos, mayoritariamente en la órbita del PNV. Los primeros querían continuar la guerra que habían perdido los segundos: con ese propósito nacieron EGI y ETA. Siguiendo a Diego Muro, la sesgada narrativa bélica *abertzale* es una de las claves que explican por qué apareció entonces una apuesta por la vía armada, una estrategia casi inédita en la tradición del nacionalismo vasco. A lo largo del presente artículo intentaré analizar a fondo esta cuestión⁸.

4 Jesús Casquete, *En el nombre de Euskal Herria. La religión política del nacionalismo vasco radical*, Madrid, Tecnos, 2009, p. 52-63.

5 Jesús CASQUETE, *op. cit.*

6 Orotariko Euskal Hiztegia, <http://www.euskaltzaindia.net/>

7 EGI es la organización juvenil del PNV, Partido Nacionalista Vasco, formación cuyos militantes son conocidos como *jeltzales*.

8 Paloma Aguilar, « La peculiar evocación de la guerra civil por el nacionalismo vasco », *Cuadernos de Alzate*, nº 18, 1998, p. 21-39. Diego Muro, « The politics of war memory in radical Basque nationalism », *Ethnic and Racial Studies*, nº 32, 2009, p. 659-678.

Precedentes

El fundador del PNV, Sabino Arana, era consciente de que su causa necesitaba modelos que estimularan a la militancia. Al no encontrarlos en la historia, recurrió primero a los mitos (*Bizkaya por su independencia*, 1892) y luego a la pura ficción (su drama *Libe*, 1903). Lo mismo hicieron sus sucesores, quienes, además, «nacionalizaron» biografías como la del general carlista Tomás de Zumalacárregui e inauguraron un culto mesiánico a Arana, quien fue elevado a la categoría de «Maestro» y «Mártir». No se trataba de un mártir en sentido estricto, ya que había fallecido por causas naturales (la enfermedad de Addison), pero así se pretendía hacer hincapié en la persecución que había padecido a manos de las autoridades españolas⁹.

El hecho de que todos los *jeltzales* compartieran una misma narrativa histórica no impidió que con el tiempo se fueran acentuando las diferencias estratégicas en el seno del partido. El sector mayoritario del PNV apostó por los cauces institucionales para conseguir la mayor autonomía posible para Euskadi. Este posibilismo soliviantó a los más intransigentes, que insistían en la independencia a ultranza, para lo cual no descartaban imitar a la rebelión irlandesa de 1916. Santiago Meabe lo sintetizó en uno de sus discursos: «el día que caigan exánimes y ensangrentados unos cuerpos vascos de los fusiles mecánicamente movidos, habrá sonado para Euskadi la hora victoriosa. El pueblo besará la frente de los héroes, levantará los puños en señal de indignación y alzará su alma y su brazo para la venganza»¹⁰.

En 1921 un grupo de aranistas ortodoxos se escindió para crear una nueva formación: *Aberrri* (Patria). Su líder carismático, Eli Gallastegi, comenzó a usar desde marzo de 1923 el seudónimo *Gudari* (en un artículo, por cierto, publicado con el significativo título de «Y un día nos fusilarán»). Una de las cosas que distinguió a *Aberrri* fue su retórica apelación a la violencia. Esta incluyó algún (fantasioso) plan insurreccional contra la dictadura de Primo de Rivera, como la idea de crear un Ejército Vasco: «Descubríos, cobardes, al paso de esta falange de mártires y héroes. ¡Mártires, sí! Los que caigan en la gloriosa jornada de la reivindicación patria. ¡Héroes, sí! Los que vuelvan ciñendo la corona de la victoria». Aquella fantasmal milicia solo desfiló sobre el papel ya que, a pesar de sus proclamas, la resistencia de *Aberrri* no pasó del plano simbólico. Por ejemplo, en 1928 varios «gudaris euzkadianos» entraron en el cementerio de Pedernales (Vizcaya) para desplegar una *ikurriña* sobre la tumba de Sabino Arana en el aniversario de su fallecimiento. Por primera vez se denominaba «gudaris» a *abertzales* tomando parte en una acción colectiva¹¹.

Hasta entonces ningún nacionalista vasco había perecido luchando con las armas en la mano. La carencia de mártires propios pudo dificultar al sector extremista del *abertzalismo* pasar de las palabras a los hechos. De alguna manera, Eli Gallastegi lo reconoció al elogiar las «muertes heroicas» de algunos libertadores de América Latina: «nada hay como el recuerdo de un hermano sacrificado, para mover, con apasionado y vivificante estremecimiento, los más insensibles corazones». En cambio, reflexionaba, Sabino Arana no había fallecido así. «Si su muerte hubiera sido violenta, al caer trágicamente su cuerpo,

⁹ José Luis de la GRANJA, «Sabino Arana», en Santiago de Pablo *et alii* (eds.), *Diccionario ilustrado de símbolos del nacionalismo vasco*, Madrid, Tecnos, 2012, p. 118-143.

¹⁰ Cit. en José Luis de la GRANJA, *Nacionalismo y II República en el País Vasco. Estatutos de autonomía, partidos y elecciones. Historia de Acción Nacionalista Vasca: 1930-1936*, Madrid, Siglo XXI, 2008, p. 56.

¹¹ *Aberrri*, nº 112, 31-III-1923, *Nación Vasca*, nº 12, 25-X-1924, *Patria Vasca*, nº 1, V-1928, y nº 4, XI/XII-1928, y *Aberrri* (Argentina), nº 5, X-1928.

empapando la amorosa tierra de la patria, hubiera agigantado, ciertamente, su figura en los fastos de nuestra naciente historia renacentista, surgiendo en la aurora de grana el Mártir de la raza». Sin embargo, «no había de dejar a la posteridad el recuerdo de un cruento sacrificio, el eco resonante de unas detonaciones legendarias»¹².

Algunos de los antiguos *aberrianos*, como el propio *Gudari*, participaron en 1934 en la segunda escisión ultranacionalista del PNV: *Jagi-Jagi*, que tomó el nombre del semanario de la Federación Vizcaína de Montañeros. Se trataba una organización casi paramilitar (bastantes de sus miembros iban armados y realizaban ejercicios de tiro), aunque hay que tener en cuenta que era un rasgo común a las juventudes de numerosos partidos durante la II República. Como señalaba uno de sus boletines, «mendigoxale [montañero]: tú no eres un deportista. Óyelo bien: tú eres un soldado de la Patria» y «la cumbre que tú persigues (...) termina en una Cruz». Como catalizador para provocar el odio a España se recurrió a la mística del tormento heroico: el victimismo y la glorificación de la figura de sus presos y mártires, pues, debido a los enfrentamientos violentos con otros grupos juveniles, el movimiento comenzó a tener sus primeros caídos: «las almas de los que dieron sus vidas, sin vacilar en holocausto de la Patria desgraciada», a quienes había que emular. «De la tierra regada por la sangre de sus hijos brotará en un día no lejano, el fruto sazonado que la alimente». Ahora bien, pese a que tenían en mente el modelo del nacionalismo radical irlandés, los *jagi-jagis* no llegaron a poner en práctica una estrategia terrorista¹³.

La Guerra Civil (1936-1939) dividió al conjunto de España en dos bandos. También al País Vasco y Navarra: en una trinchera estaban los requetés carlistas, los monárquicos y los falangistas; en la otra las tropas leales al Gobierno republicano y al Gobierno vasco del *lehendakari* José Antonio Aguirre. Estas últimas estaban compuestas tanto por milicianos, pertenecientes a los batallones socialistas, comunistas, republicanos y anarquistas, como por *gudaris* de las unidades nacionalistas (PNV, ANV, ELA-STV y *jagi-jagis*). Los *gudaris*, además de por su adscripción ideológica, se distinguieron de los milicianos vascos por su menor número, por el uso exclusivo de la simbología *abertzale*, por adoptar como himno el *Eusko Gudariak* (Soldados Vascos), por formar una especie de ejército dentro del ejército vasco (*Eusko Gudaroztea*) y por su particular percepción de la contienda, que era considerada la enésima invasión «española». En ese sentido, muchos *gudaris*, más que por la II República o la democracia, creían estar luchando por la independencia de Euskadi. Bastantes de ellos cayeron en combate o sufrieron la represión franquista. El nacionalismo vasco ya tenía héroes y mártires¹⁴.

Los años cuarenta

A la derrota del bando republicano le siguió el exilio de miles de sus partidarios. Los nacionalistas vascos se asentaron preferentemente en Francia y en determinados países de América Latina. Allí comenzaron a editar su propia prensa durante los años cuarenta. Aunque el protagonismo de Sabino Arana en el imaginario *abertzale* continuó siendo indiscutible, también ocupó un lugar cada vez más destacado cierto recuerdo distorsionado de la Guerra

¹² *Patria Vasca*, nº 4, XI/XII-1928.

¹³ *Jagi-Jagi*, nº 2, 24-IX-1932, nº 4, 8-X-1932, nº 10, 19-XI-1932, nº 11, 3-XII-1932, y nº 27, 1-IV-1933.

¹⁴ Francisco Manuel VARGAS, « El Partido Nacionalista Vasco en guerra: Euzko Gudarostea (1936-1937) », *Vasconia*, nº 31, 2001, p. 305-343. Xosé M. NÚÑEZ SEIXAS, ¡Fuera el invasor! Nacionalismo y movilización bélica durante la guerra civil española (1936-1939), Madrid, Marcial Pons, 2006, p. 384-393. Jesús CASQUETE, « *Eusko Gudariak* », en Santiago de Pablo *et alii* (eds.), op. cit., p. 345-356.

Civil (el adjetivo, por supuesto, se obviaba; era «la guerra de Euzkadi» o «la guerra» a secas) y muy especialmente del bombardeo de Guernica y de los *gudaris*. En las publicaciones editadas en Caracas se podían leer a menudo, aunque no se tratase de una sección fija, las hazañas bélicas de los combatientes *abertzales*. No faltaba el homenaje a algunos nombres ilustres, como el de Cándido de Saseta, comandante *jeltzale* muerto en combate en Asturias en febrero de 1937. Pero habitualmente se glorificaba al *gudari* anónimo que, pese a su manifiesta inferioridad numérica y armamentística, había resistido con arrojo el ataque de «España», el enemigo ancestral. Ensalzados como héroes, de estos soldados se destacaba su fe cristiana, patriotismo, valor, abnegación, nobleza, humildad, generosidad y misericordia. No tenían las manos manchadas de sangre. También se recalcaba su inmoliación: los *gudaris* caídos eran considerados mártires del movimiento a los que había que reverenciar. En los relatos la presencia de los milicianos vascos era mínima o nula. De vez en cuando, eso sí, se mentaba a los dirigentes republicanos, quienes eran acusados de no haber respaldado al Gobierno vasco, provocando la caída del frente norte¹⁵.

En 1945 Manu de la Sota, un destacado líder de los *mendigoxales*, propuso que, tras la derrota de Franco, que se creía inminente, se instituyera una peregrinación anual al lugar «donde los *gudaris* riñeron la postrer batalla, realizando el supremo sacrificio por su patria y por la humanidad entera»: una indefinida «Cumbre de los *Gudaris*», que sería un «monumento que nos recordará por siempre que el premio de la inmortalidad se otorga a los hombres que mueren para que los pueblos vivan». Al año siguiente el reaparecido periódico *Jagi-Jagi* planteaba construir en Guernica un «mausoleo (...) a la memoria de los que murieron por Euzkadi». Tal «Templo», adornado con la inscripción «¡Morir por la patria! ¡Qué bello morir!», debía estar coronado por una *ikurriña* y, sobre ella, «la Cruz»¹⁶.

Se trataba de esbozos del rito anual que dos décadas después cristalizó con el nombre de *Gudari Eguna* (Día del *Gudari*). Su primer antecedente tuvo lugar el 28 de diciembre de 1945, día en el que el Centro Vasco de Caracas organizó una «velada de conmemoración y homenaje al *Gudari*» en la que se inauguró un «modesto» lugar de memoria: «el escudo y frente a la bandera, la piedra militar y el casco del caído son el monumento levantado a su recuerdo». El dirigente *jeltzale* Lucio de Aretxabaleta afirmó en su discurso que «el *Gudari*, el que cayó para siempre en aras de la libertad de la Patria y del pensamiento vasco y vasquista; el que dio la vida por el bien de los que le sobrevivimos, se convirtió en el héroe por antonomasia al luchar como luchó». Su fe, valor y desprendimiento habían sido «semilla que prendió en el ánimo y corazón de sus hermanos de sangre y de armas, y ha brotado con lozanía y vigor tales que nada ni nadie puede ya hacer que se marchiten o se quiebren». Como cierre del acto los asistentes entonaron el *Eusko Gudariak* y el *Euzko Abendearen Ereserkia* (Himno de la Raza Vasca). En diciembre de 1946 se celebró en la misma ciudad una misa en honor tanto de Sabino Arana como de «nuestros *gudaris* muertos, por tantos y tantos como han caído en las cárceles y ante el pelotón de fusilamiento». Aunque el monumento del Centro Vasco permaneció, no hay noticia de que siguiesen oficiándose ceremonias similares. Es más, cuando se empezó a buscar una fecha adecuada para el *Gudari Eguna* aquel precedente ya había caído en el olvido¹⁷.

Una de las funciones de la glorificación de la figura de los *gudaris* era hacer pedagogía política: presentar un modelo de compromiso sin igual y conducta intachable. Así, en las

¹⁵ Algunos ejemplos en *Euzkadi*, nº 5, II-1943, nº 7, I-1944, nº 10, IV-1944, y nº 33, III-1946, y *Euzko Gaztedi*, nº 2, VII-1948. Diego Muro, op. cit.

¹⁶ *Euzkadi*, nº 25, VII-1945, y *Jagi-jagi*, nº 111, VII-1946.

¹⁷ *Euzkadi*, nº 31, I-1946, y nº 57, III-1948, y *Euzko Gaztedi*, nº 8, 6-I-1949.

publicaciones nacionalistas se instaba constantemente a «ser fieles a quienes dieron su vida joven y generosa por la salud de la Patria vasca», «ser dignos de aquel sacrificio», «mantenernos tensos de espíritu y prestos a reiniciar la labor», etc. Como se podía leer en un número de *Jagi-Jagi* de 1946: «nuestros muertos nos empujan a la lucha». Algo similar aparecía en un boletín de *Euzko Gaztedi* de Caracas: «Aún está caliente y clamando justicia la heroica sangre de tus hermanos que prefirieron la muerte a la esclavitud. Sé digno de ellos. En ti está la libertad o la muerte de tu patria. Euzkadi tiene hoy solo dos clases de hijo: ¡leales o traidores! ¿Qué eres tú?»¹⁸.

Por añadidura, a finales de la década en determinadas publicaciones nacionalistas se insertaron secciones con cartas de despedida de los *gudaris* condenados a muerte («Los que supieron morir por Euzkadi» y «Despedida de inmortales»). Eran el «resto glorioso de nuestros muertos, como testimonio vivo de la valerosa entrega que hicieron de sus vidas a la Patria herida, puesta su esperanza en sus compatriotas, en su sacrificio y en su lucha para liberarla del ingenioso yugo que la oprime». Como se afirmaba en *Euzkadi*, órgano del Centro Vasco de Caracas, la «entereza y valor» de aquellos *gudaris* «deben servirnos de guía, de objetivo insoslayable, para quienes alentamos los mismos ideales que a ellos les llevaron al sacrificio de su vida». Según *Euzko Gaztedi*, «si ellos han sido capaces de tamaño sacrificio, ¡a qué no estaremos obligados nosotros! ¡Nuestras pequeñas disculpas para emitir mezquinas aportaciones son una traición!». El término «aportaciones» ayuda a esclarecer lo que realmente se buscaba, aunque hubo algún caso aislado que llama a engaño. Por ejemplo, en 1949 Joseba de Emaldi (*Basojaun*) utilizaba el argumento de la traición a la memoria de los *gudaris* para reprochar a sus correligionarios que hubiesen desistido del odio contra todo lo español: «Arrodillaos ante los héroes, ante los muertos por la Libertad Vasca y levantaos gritando: ¡Muera el invasor! ¡Lucha sin cuartel!». Se trataba de una excepción. Por regla general, el objetivo de la instrumentalización propagandística del *gudari* no consistía en que los jóvenes le imitasen de verdad, retomando las armas, sino que apuntaba a otras dos direcciones distintas. Por un lado, estimular la búsqueda de donaciones en el exilio americano para financiar al Gobierno vasco y a las organizaciones nacionalistas del interior de Euskadi. Por otro lado, reavivar los vínculos emocionales, la fe y la actividad de una militancia progresivamente desmotivada¹⁹.

Los años cincuenta y sesenta

Durante las décadas de 1950 y 1960 la memoria distorsionada de la Guerra Civil (un «genocidio» del pueblo vasco a manos de los invasores «españoles») y la imagen idealizada del *gudari* se transfirieron intergeneracionalmente. El fenómeno se produjo a través de diferentes vías. En primer lugar, por redes sociales como la familia, la cuadrilla y sus rituales de ocio, la vida asociativa, el ámbito de la cultura en euskera y la Iglesia católica. Esto es, ambientes propicios para la reunión y la transmisión oral. El ejemplo más claro fueron las charlas que antiguos *gudaris* impartieron a determinados grupos juveniles. En segundo lugar, aquella narrativa bélica se reprodujo en la cultura popular y la música. Así, el primer disco del cantautor vascofrancés Michel Labeguerie (1961) incluía un significativo

¹⁸ *Euzkadi*, nº 7, I-1944, nº 10, IV-1944, nº 25, VII-1945, *Jagi-Jagi*, nº 111, VII-1946, *Azkatasuna*, nº 3, 1946, y nº 7, 1ª y 2ª quincena-VII-1946, y *Euzko Gaztedi*, nº 4, VIII-1948.

¹⁹ *Azkatasuna*, nº 7, 1ª y 2ª quincena-VII-1946, *Euzko Gaztedi*, nº 11, IV-1949, nº 13, VI-1949, nº 14, VII-1949, y nº 31, VII-1954, *Euzkadi*, nº 15, IX-1944, nº 66, I-1950, y *Euzkadi Azkatuta*, 1958.

Gudari euskaldunaren kantua (Canto del *gudari* vasco) que se transformó en uno de los himnos de la nueva generación *abertzale*²⁰.

En tercer lugar, la prensa nacionalista siguió enalteciendo al bravo combatiente que marchaba al frente o al cadalso entonando el *Eusko Gudariak*. Mientras que en la década anterior habían sido irregulares, ahora en *Euzko Gaztedi* ocuparon un espacio fijo los relatos sobre las hazañas de los *gudaris*, las épicas efemérides de la contienda y las semblanzas de algunos personajes calificados como «mártires de la Patria» al haber muerto en combate (como Saseta) o fusilados gritando «*Gora Euzkadi Azkatuta!*» (**¡Viva Euskadi libre!**), tal que los escritores Esteban de Urkiaga (*Lauaxeta*) y José de Ariztimuño (*Aitzol*). El uso del término se utilizaba para «nacionalizar» a los carlistas del siglo XIX (Zumalacárregui y el cura Santa Cruz eran *gudaris avant la lettre*) y para ensalzar a destacados nacionalistas del XX. De esta manera, el padre Apaizu, un sacerdote y conferenciante de visita en Venezuela, era tildado de «*gudari de la Libertad*» y, tras su fallecimiento, el *lehendakari* José Antonio Aguirre, el escritor Iñaki de Urreztieta y el secretario general de Defensa del primer Gobierno vasco Joseba Rezola eran recordados, respectivamente, como «nuestro *gudari*», «ese *gudari de la pluma*» y «*gudari entre los gudaris*». El nacionalismo estaba transmitiendo una versión de la Guerra Civil maniquea, sesgada y simplista. Como reconocía Eduardo Uriarte (*Teo*), los jóvenes sabían «de nuestro pasado, muy poco, de manera anecdótica y absolutamente mitificada». El escritor Ramon Saizarbitoria se acordaba de haber escuchado los relatos sobre el «heroísmo de los *gudaris*». «Y lo peor de la transmisión de esas historias, la mentira de esas historias, fue el hecho de darnos una idea esquemática y falsa de que los nacionalistas vascos eran los vascos, los buenos, los que estuvieran en el bando bueno; y los españoles los que estuvieron en el bando malo». Idoia Estornes rememora algo similar: «¿qué sabía yo entonces de la España vencida? En casa no se habló de ella. Solo de los republicanos, algo que no tenía “nada que ver” con nosotros, y de los/las milicianos, tipos impresentables y fulanas deslenguadas, a evitar. La narrativa sobre “lo nuestro” era patética: los héroes derrotados». No obstante, a veces las piezas rechinaban. En palabras de un joven *abertzale*, «parece que no se quiere escribir claro sobre esas cosas (...). Yo no me conformo con saber que el valor de los *gudaris* fue admirable, que la resistencia que opusieron fue heroica. Quiero más». No obstante, para los receptores del mensaje, aquella visión manipulada de la contienda no solo encajaba perfectamente en la narrativa histórica que había iniciado Sabino Arana, sino que era extremadamente sugestiva²¹.

En cuarto lugar, la glorificación de los héroes y los mártires de la patria también se realizó por medio de conmemoraciones y lugares de memoria. Como indica Jesús Casquete, a lo largo de la dictadura hubo concentraciones periódicas de *gudaris* en los enclaves en los que habían combatido, pero se hacían «de forma descoordinada, esto es, cada batallón por su cuenta y en fechas y lugares diferentes». En marzo de 1959 la Comisión de Organización y Formación Patriótica de *Euzko Gaztedi* de Venezuela anunció su designio de celebrar un *Gudari Eguna* al año siguiente. Con este motivo se promovió una encuesta para «determinar

20 Ander GURRUTXAGA, *La refundación del nacionalismo vasco*, Bilbao, UPV-EHU, 1990. Alfonso PÉREZ-AGOTE, *Las raíces sociales del nacionalismo vasco*, Madrid, CIS, 2008. Testimonio de Txato Etxaniz, 5-VII-2013.

21 Ver los *Euzko Gaztedi* de 1951 a 1959, así como los de 1965, las citas en nº 47/48, XII-1955, X-1959, y III-1966, y *Frente Nacional Vasco*, nº 2, 1964, y nº 18, 1966. *Gudari*, nº 1, IV-1961, y nº 61, 1972. La cita de Uriarte en *Muga*, nº 17, 1980. La de Saizarbitoria en Julio MEDEM, *La pelota vasca, la piel contra la piedra*, Madrid, Aguilar, 2003, p. 814. Idoia ESTORNES ZUBIZARRETA, *Cómo pudo pasarnos esto. Crónica de una chica de los 60*, San Sebastián, Erein, 2013, p. 250.

el día que pasará a nuestros calendarios consagrando al recuerdo y homenaje de los que murieron por Euzkadi», sin olvidar otro objetivo: convertirse en «estímulo necesario para los vascos de modo que el esfuerzo de los que cayeron sea verdaderamente fructífero». Las fechas propuestas fueron diversas. La mayoría tenía relación directa con la Guerra Civil (el aniversario del bombardeo de Guernica, el obituario de José Antonio Aguirre, la muerte de Saseto, la constitución del *Eusko Gudaroztea* o distintos fusilamientos), pero no faltaron las efemérides históricas que pretendían afianzar la narrativa de unos vascos indómitos resistiendo secularmente al invasor extranjero (la batalla de Roncesvalles, la conquista del castillo navarro de Amayur en 1522, etc). En esa coyuntura se redescubrieron los «antecedentes de nuestra iniciativa» de los que ya se ha dado cuenta en el apartado anterior. En 1960 el I Congreso Americano de Entidades Vascas de Buenos Aires trasladó una iniciativa similar al Gobierno vasco²².

A pesar de los esfuerzos de los nacionalistas vascos en el exilio, el tan ansiado *Gudari Eguna* tardó en instaurarse como tal. La primera celebración oficial, que estuvo organizada por el Gobierno vasco, tuvo lugar en octubre de 1965, año del centenario del nacimiento de Sabino Arana, en distintos puntos de Euzkadi en los que se celebraron misas a las que asistieron antiguos oficiales, *gudaris* y militantes nacionalistas en general. La dirección vizcaína del PNV, reunida para la ocasión, reafirmó «solemnemente en este primer Día del Gudari (...) una decisión inquebrantable de continuar en todo momento, con todas sus fuerzas, exaltadamente, su combate». Se había escogido octubre por ser el aniversario del fusilamiento de catorce presos (seis nacionalistas y ocho de izquierdas) en la localidad cántabra de Santoña (1937). A partir de entonces y hasta que la «izquierda *abertzale*» lo vampirizó durante la Transición, el *Gudari Eguna* se consolidó como una conmemoración ritual de carácter anual por parte del PNV²³.

Paralelamente se procuró construir un nuevo lugar de memoria en Venezuela. En 1954 se publicó el proyecto de «Panteón Vasco de Caracas», que incluía una «estela discoidal que en homenaje a los muertos por Euzkadi se ha de colocar en lugar preferente». Hubo que esperar ocho años para que se completara, aunque para entonces su configuración había variado sustancialmente. El domingo 3 de junio de 1962 se ofició una ceremonia en recuerdo de los *gudaris* y se inauguró una escultura en la que estaban esculpidos los primeros versos del *Eusko Gudariak*. En octubre *Euzko Gaztedi* celebró su decimocuarto aniversario frente a dicho monumento. Su presidente dirigió las siguientes palabras a los caídos: «os prometemos solemnemente que vuestro esfuerzo no será estéril, porque estamos tenaz y firmemente decididos a enfrentarnos a las naciones opresoras de Euzkadi, de la misma manera a como vosotros lo hicisteis antes, siguiendo vuestro ejemplo y el de aquel primer gudari llamado Sabino de Arana y Goiri». Se trataba del lugar de memoria más relevante de Venezuela, pero no del único. Hay constancia de que había otro en el Centro Vasco de Puerto la Cruz²⁴.

Los relatos, las conmemoraciones y los monumentos tenían un propósito similar, aleccionar y movilizar a los poco dinámicos jóvenes *abertzales*. «¿No es cierto que si el sacrificio de nuestros mayores fue de proporciones colosales, la responsabilidad que recae sobre nosotros es también enorme, puesto que de nosotros depende el que fructifique la sangre que generosamente vertieron en el campo de batalla...?», escribía uno de ellos en

²² Ver *Aberri* de 1959-1960, y *Euzko Gaztedi*, VII-1959.

²³ *Gudari*, nº 33, 1965. Jesús CASQUETE, «Gudari Eguna», en Santiago de Pablo *et alii*, *op. cit.*, p. 431-432.

²⁴ *Aberri*, nº 21, V-1962, y *Euzko Gaztedi*, nº 31, VII-1954, VI-1962, X-1962 y II-1963. *Los vascos en Venezuela. XX Aniversario del Centro Vasco de Caracas, 1942-1962*.

1952. Como se sentenciaba en un editorial de *Euzko Gaztedi* de 1953, «aquella gesta nos obliga a todos». Ahora bien, ¿a hacer qué? A lo largo de la década de los cincuenta lo normal fue que, en consonancia con la actitud del PNV, se repudiara la violencia armada. En 1957 se subrayaba que «nuestra labor no es la de intentar una victoria violenta que podría significar la desaparición de nuestra nación, sino trabajar en el cultivo esmerado de nuestra lengua, el conocimiento de nuestra historia, el estudio de nuestras posibilidades, la creación de una conciencia nacional firme hasta el momento de obtener la libertad». El mito de los *gudaris* tenía sus límites, al menos en el exilio. En 1958 las juventudes nacionalistas reconocían que «nuestro problema general tiene nombres como hastío, desorientación, vacío interior». Estaban luchando «sin meta ni rumbo, con el desconsuelo del que manotea en la oscuridad, o hacia metas falsas». O, más bien, «ya ni luchamos», porque eran «jóvenes viejos». Como se asumía en un *Aberrri* de 1962, «nos estamos anquilosando en una vida de “Club” nada favorable a nuestras suspiraciones». Hacía falta actividad. «Gernika y los *gudaris* del 36 lo requieren»²⁵.

La estrategia posibilista *jeltzale* fue denunciada por los nacionalistas radicales del exilio americano, antiguos *jagi-jagis* o disidentes del PNV, quienes la tacharon de «falso pacifismo», «claudicación» y «vil traición» a los *gudaris*. Y estos «reclaman de nosotros, una conducta que responda a “aquello” por lo cual ellos murieron». Esa conducta era retomar las armas para continuar su guerra, aunque fuera siguiendo «los métodos modernos» de los exitosos movimientos anticolonialistas del Tercer Mundo. Los veteranos señalaban el camino a seguir: «nuestra lucha es a muerte, y por tanto, la acción violenta es nuestra única arma» o «más vale un tiro disparado a tiempo que cien discursos...». Pero aquellos exaltados, entre ellos antiguos *gudaris*, no se referían a sí mismos ni a sus coetáneos, sino que estaban llamando a los jóvenes *abertzales*, «los nuevos hombres». Así, en un *Euzkadi Azkatuta* de 1959, tras alabar el valor de «nuestros inmortales *gudaris*», se solicitaba: «Joven euzkotar... recuerda... piensa... e incorpórate en cuerpo y alma al nuevo ejército de *gudaris*. ¡¡Joven patriota, te esperamos en “Euzkotar Naizko Gudaroste”!! ¡¡La Patria confía en ti!!». Al fin y al cabo, como no cesaban de repetir, los vascos seguían «en pie de guerra»²⁶.

Los nuevos *gudaris* I: EGI

La canción del mencionado disco de Michel Labeguerie que más se popularizó no fue su canto al *gudari*, sino *Gazteri berria* (la nueva juventud), en la que el hijo, genuino patriota, reprochaba al *aita* (padre) haber vendido al extranjero «nuestra tierra amada». Pronto se erigió en emblema de la hornada de nacionalistas vascos que entró en escena durante los años cincuenta y, sobre todo, sesenta. El sector de la nueva generación que se encuadraba organizativamente en EGI y ETA mostraba deseos de acción y una orientación independentista. Por lo general, respetaba al PNV, pero le reprochaba el fracaso de su estrategia internacional (el recurso a la ayuda de las democracias occidentales contra Franco se había malogrado por la Guerra Fría), el mantenimiento del Gobierno vasco transversal con socialistas y republicanos, su moderación, su pasividad y su inoperancia. A decir del

²⁵ *Euzko Gaztedi*, nº 20/21, II/III-1952, nº 27, VIII/IX-1953, nº 29, II-1954, III/IV-1957, VI/VII-1957, XI-1957, XII-1958, y *Aberrri*, nº 21, V-1962.

²⁶ *Irrintzi*, nº 1, II-1957, *Euzkadi Azkatuta*, nº 1, III-1956, nº 3, V-1956, 1958, I-1959, y nº 87, I-1965, *Euzko Aberrri Alkartasuna*, nº 1, 1960, *Tximistak*, VI-1961, III-1962, y VIII-1963, y *Frente Nacional Vasco*, nº 7, 1965, nº 18, 1966, y nº 21, 1966.

que fuera primer jefe militar de ETA, Xabier Zumalde (*el Cabra*), los *jeltzales* se limitaban a «recordar viejas hazañas, celebrar funerales, comilonas y el *Aberrri Eguna*». Un miembro de EGI escribía en 1961 «la apatía y la indiferencia son dos formas de colaborar con el enemigo». Y es que para los miembros más radicales de la *gazteri berria* no había término medio. «Que todos los vascos sepan que ha llegado ya el momento de la clasificación en héroes y traidores», se podía leer en *Zutik*. «Existe una nueva generación, afortunadamente», anunciaba otro número del boletín de ETA. «El pueblo vasco no se ha detenido en 1936; nuestras instituciones sí (...). No queremos recuerdos: queremos hechos». Su querencia por la acción se tradujo de diversas formas. Para algunos, los más extremistas, en matar y morir por la patria. Estos jóvenes *abertzales* estaban condicionados, que no determinados, por diversos factores que conviene tener en cuenta: un contexto de oportunidad favorable para opciones drásticas (el de la centralista y autoritaria dictadura), el modelo insurreccional de los movimientos anticoloniales (el *Irgum*, el Frente de Liberación Nacional de Argelia, etc.), una lectura literal de la narrativa aranista que les impulsaba al odio hacia todo lo que sonase a «España» y el deseo de emular y/o vengar a los *gudaris* de 1936-1937. La nueva generación no había participado en la Guerra Civil, pero en gran medida había sido politizada con una versión adulterada de la misma en la que esta era percibida como el anteúltimo capítulo de la secular lucha por la independencia de los vascos contra los colonos españoles. En palabras de un etarra, «en tres ocasiones se ha levantado en armas Euzkadi (peninsular) contra el Estado español, desde que se halla sometida: las dos guerras carlistas y la de 1936. Las tres veces ha sido vencida y aplastada militarmente, sufriendo en su carne la bárbara represión del vencedor: destrucción, fusilamientos, cárceles, persecuciones, exilio...». Un militante de EGI aducía que la Guerra Civil únicamente era «el último acto de una tragedia», ya que «1839, 1876 y 1937 tienen una trama común». Al tomar las armas que habían abandonado sus padres, la fracción más intransigente de la *gazteri berria* pretendía escribir con sangre un nuevo episodio en el canon bélico del nacionalismo. A decir de Mario Onaindia, «era una forma de reaccionar ante la generación anterior, ante la generación de los *gudaris*. Por una parte se nos transmitía en el círculo familiar una leyenda heroica de la guerra», pero los veteranos «no movían un dedo contra la dictadura. Nos fuimos de casa para continuar su guerra»²⁷.

A principios de los sesenta las siglas de EGI, que ya se habían utilizado esporádicamente con anterioridad, se hicieron oficiales. Era una forma, pensaron algunos jóvenes *abertzales* exiliados en Venezuela, de distinguir a las juventudes del PNV que operaban en el interior de Euzkadi tanto de EG, *Euzko Gaztedi*, como de otras organizaciones. En abril de 1961 vio la luz su boletín, que llevaba el más que ilustrativo título de *Gudari*, el mismo que había tenido la revista de los batallones nacionalistas de la Guerra Civil. En su interior, por descontado, no faltaron ni el relato de las hazañas bélicas de 1936-1937 ni los testimonios ejemplarizantes. El logotipo de EGI, una antorcha pasando de mano en mano, también era muy significativo: los viejos *gudaris* pasaban el testigo a los nuevos, quienes se proclamaron sus continuadores directos. «Aquellos hombres de los batallones vascos traicionados en Santoña, fusilados en Derio y en cualquier cuneta olvidada, no murieron en balde. La Resistencia Vasca continúa empeñada en la lucha por nuestra libertad»,

²⁷ *Zutik*, XII-1962, y nº especial *Aberrri Eguna*, 1963, *Zutik* (Caracas), nº 15, X-1961, y *Gudari*, nº 2, IV-1961, y nº 8, II/III-1962. Gaizka FERNÁNDEZ SOLDEVILLA, *Héroes, heterodoxos y traidores. Historia de Euskadiko Ezkerra (1974-1994)*, Madrid, Tecnos, 2013, p. 50-51 y 55-56. El testimonio de Zumalde en *El Mundo*, 25-IV-2004, el de Mario ONAINDIA en Juan Aranzadi, Jon Juaristi y José Luis Unzueta, *Auto de terminación*, Madrid, El País Aguilar, 1994, p. 191-192.

escribió uno de esos jóvenes en 1959. En 1964 otro opinaba que «el trabajo de nuestros padres ha de ser continuado por nosotros (...). Y tenemos también un hermoso ejemplo. El coraje y el sacrificio de nuestros *gudaris*». De esta manera, desde 1960 se hizo habitual que los miembros de EGI se refirieran a sí mismos (y a veces también a los *etarras*) como «*gudaris* del silencio», «nuevos *gudaris*», «*gudaris* de la Resistencia Vasca» o «una nueva generación de *gudaris*». También hacían lo propio bastantes de los veteranos, como un *gudari* del Arana-Goiri que en 1964 señalaba que «la sangre derramada con generosidad por este batallón y por todos los que lucharon bajo la bandera bicrucífera, ha hecho fructificar, queridos *gudaris* de hoy, en vuestros corazones la semilla de la Verdad, Lealtad y Justicia que sembró el Mártir de Abando»²⁸.

Desde el punto de vista de EGI, «estamos aún en guerra. La Patria está ocupada». Había que desalojar al enemigo emulando fielmente el arrojo militar de los antiguos *gudaris*. Ya en febrero de 1959 un joven nacionalista había exhortado a tal fórmula porque «solamente cuando (...) hemos defendido nuestros derechos con las armas en la mano, se nos ha respetado y temido». Dos años después un afiliado a EGI pedía financiación a sus compañeros vascos en estos términos: «el Euzkera y la dinamita harán libre a Euzkadi, pero necesitamos dinero para el euzkera y necesitamos dinero para la dinamita». En 1962 *Gudari*, en un texto que luego se reprodujo en sucesivas ocasiones, justificaba la «violencia armada», basándose, entre otros argumentos, en el ejemplo de «la generación del 36». En 1963 se sentenciaba que «nadie puede negar la legitimidad de nuestro recurso a la fuerza. Es el único lenguaje que entienden los tiranos». Por consiguiente, «la generación del 63 está dispuesta a seguir el ejemplo de la generación del 36». Al año siguiente se advertía de que «el brazo de la juventud vasca se armará y saldrá a luchar como en la generación del 36». Como se ve, a principios de los años sesenta abundaron las apelaciones a la violencia, pero el activismo de EGI, muy similar al que ETA llevaba a cabo en la misma época, se limitó a los sabotajes, la destrucción de monumentos a los caídos «por Dios y por España», las pintadas, la colocación de *ikurriñas*, la propaganda, la celebración de conmemoraciones como el *Aberri Eguna* o el *Gudari Eguna*, etc. Los más exaltados de entre estos jóvenes soñaban con ser nuevos *gudaris*, pero EGI tuvo un freno que impidió que derivara hacia una estrategia armada: los experimentados dirigentes del PNV como Manuel de Irujo, quien en 1962 denunciaba que «en el ánimo de nuestra juventud ha hecho impacto la idea de que, sin violencia no haremos nada serio en orden a la adquisición de nuestra libertad», pero «nos opondremos hasta donde lleguen nuestras fuerzas a la violencia inútil y sectaria de unos irresponsables que, aunque sean patriotas excelentes, carezcan de la autoridad precisa». Lógicamente, pese a aquellas directrices, no todos los militantes de EGI renunciaron a ser *gudaris* en el pleno sentido de la palabra. El choque generacional era inevitable. Las juventudes del PNV sufrieron una escisión, de la que formaban parte los hermanos José Antonio y Javier (*Txabi*) Etxebarrieta Ortiz. El colectivo no tardó en unirse a ETA. No fue la última vez que hubo un trasvase de EGI a esta organización²⁹.

²⁸ Alberto ELÓSEGUI en ianasagasti.blogspot.com/mi_blog/2009/10/historia-de-egi-1.html y http://ianasagasti.blogspot.com/mi_blog/2009/10/historia-de-egi-2.html. *Euzko Gaztedi*, VIII-1959, I-1960, IV-1964, IX/X-1966, y *Gudari*, nº 4, VIII-1961, nº 12, VIII-1962, nº 24, 1964, nº 25, 1964, nº 26, 1964, nº 28, 1964, y nº 30, 1965.

²⁹ *Euzko Gaztedi*, II-1959, II-1965, *Azkatuta*, nº 1, IX-1961, nº 2, XI-1961, y nº 3, I-1962, y toda la colección de *Gudari*. especialmente nº 7, I-1962, nº 11, 1962, nº 13, 1962, nº 15, 1963, y nº 20, 1963. La cita de Irujo en *Alderdi*, nº 180-181, 1962.

A finales de la década de los sesenta el prestigio y el atractivo de la dinámica organización etarra preocupaban hasta tal punto a los líderes *jeltzales* que estos decidieron reimpulsar EGI. Al frente de esta «juventud combatiente del PNV» se colocó a Iñaki Mujika Arregi (*Ezkerra*), un joven activista que había colocado una *ikurriña* en la torre de la catedral de Burgos tras romperse las dos piernas en una primera tentativa fallida. El grupo volvió a reclamar el recurso a las armas, por lo que en sus boletines se reprodujo varias veces el editorial del *Gudari* de 1962 que había legitimado la «violencia armada». En 1968 la publicación enviaba un «Telegrama a los gudarís de ayer. Vuestra semilla fructificó. Unidos, venceremos. EGI». Ese mismo año miembros de las juventudes del PNV pusieron una bomba en la etapa Vitoria-Pamplona de la Vuelta Ciclista a España, que se tuvo que suspender. En 1969 dos de sus integrantes, Joaquín Artajo y Alberto Asurmendi, murieron cuando manipulaban un artefacto explosivo cerca de Pamplona. Su fallecimiento fue valorado como «el sacrificio de dos gudarís», reconocimiento que se plasmó cuando en el *Gudari Eguna* se colocó un ramo de flores en su tumba. El afán violento de EGI y la prudencia de la dirección del PNV entraron en conflicto. Finalmente Mujika Arregi capitaneó una nueva escisión, EGI-*Batasuna*, que apostaba por un acercamiento a ETA, que por aquel entonces estaba muy debilitada. En 1972 ambas organizaciones se fusionaron: EGI-*Batasuna* aportó la mayor parte de la militancia y ETA sus siglas. En agosto del mismo año un comando etarra formado por antiguos miembros de las juventudes del PNV asesinó a un policía municipal en Galdácano³⁰.

Los nuevos gudarís II: ETA

En 1952 algunos universitarios *abertzales* emprendieron la publicación de la revista *Ekin* (Hacer). Al año siguiente, durante la reunión fundacional del nuevo colectivo, los jóvenes sellaron su compromiso jurando solemnemente sobre un ejemplar de la revista *Gudari* de la Guerra Civil. A decir de uno de ellos, José Luis Álvarez Enparantza (*Txillardegi*), se creían «gudarís y aquella organización (...) se veía como la continuación del Ejército Vasco». El grupo no tardó en entrar en contacto con las juventudes del PNV, con las cuales se unificaron en 1956. Ahora bien, las suspicacias mutuas, los intentos de la dirección *jeltzale* por controlar a la militancia y los problemas internos del partido deterioraron rápidamente las relaciones entre unos y otros. En 1958 los antiguos miembros de *Ekin* rompieron con el PNV y fundaron ETA³¹.

Al igual que los de EGI, los activistas de la nueva organización se consideraban «heroicos gudarís del silencio» y «nuevos gudarís de la nueva resistencia». En palabras de un etarra en 1962, «cumpliremos con el deber de ser leales al recuerdo de los gudarís, que murieron en la guerra y al heroísmo de nuestros compañeros de hoy». Ese mismo año un autodenominado «*gaurko gudari batek*» (un *gudari* de hoy) escribía en referencia a los presos de la banda: «ellos son los gudarís de 1962, herederos de los que les precedieron y cayeron en Elgueta y en Artxanda [sendas batallas de la Guerra Civil], ametrallados por los que hoy están sentados en la Diputación de Bizcaya». En la III Asamblea de ETA (1964) se aprobó la ponencia «La insurrección en Euzkadi» de Julen Madariaga, dedicada a la memoria de «los gudarís de todos los tiempos» y «en especial, los de la guerra 36-

³⁰ *Gudari*, nº 43, 1967, nº 45, 1968, nº 47, 1968, nº 51, 1969, nº 52, 1969, nº 53, 1969, y nº 64, 1972, y *ABC*, 30-VIII-1972.

³¹ José Luis ÁLVAREZ ENPARANTZA, *Euskal Herria en el horizonte*, Tafalla, Txalaparta, 1997, p. 177. Gaizka FERNÁNDEZ SOLDEVILLA, *op. cit.*, p. 50-51.

37, víctimas de la última y más incivilizada agresión extranjera perpetrada contra Euskal Herria». El texto proponía que el etarra se transformase en un «gudari-militante» para el cual «engañar, obligar y matar no son actos únicamente deplorables sino *necesarios*»³².

Desde el exilio, los viejos nacionalistas radicales se deshacían en elogios ante los militantes de ETA, a quienes confirmaron su derecho a llamarse *gudaris*. En 1961 *Euzkadi Azkatuta* exclamaba «¡Gudaris combatientes, la Patria os admira y confía en vosotros!».

En 1964 ese boletín calificaba a ETA «milagro hecho realidad como fruto de la sangre de nuestros gudaris, que lanza a los cuatro vientos de la patria su irrintzi [grito] de combate con un programa de puro e inmaculado nacionalismo». El mismo año *Tximistak* rendía «homenaje emocionado al patriotismo en armas». Los extremistas de antaño no solo dieron aliento moral a los de hogaño, sino que también contribuyeron a financiar al grupo a través de organismos como el Consejo de Contribución a la Resistencia Vasca³³.

En palabras de José María Garmendia, «la necesidad de practicar la violencia está presente, pues, desde el nacimiento mismo de la organización: puede decirse que es consustancial con la misma, a pesar de los altibajos que sufre». A principios de los sesenta hubo cierto debate respecto a la conveniencia de la estrategia armada, pero los partidarios de emplear otras alternativas eran absolutamente minoritarios. Entre otras cosas porque los integrantes de ETA creían que la suya no era más que una respuesta lícita a las sucesivas invasiones españolas que había sufrido Euzkadi, la última de las cuales era la de 1936-1937. Como en 1962 había subrayado Julen Madariaga, «no somos nosotros quienes estamos provocando la violencia». Otro etarra argumentaba que, al no haberse rendido nunca el Gobierno vasco, «legalmente la guerra subsiste. Todo sabotaje, toda violencia contra elementos oficiales del régimen puede de buena fe sostenerse como acción de guerra». Ese mismo año un activista señalaba que «la violencia engendra violencia. Los jóvenes vascos no quieren vivir como esclavos. Son los nuevos gudaris de la resistencia. Tienen a su favor el derecho de los oprimidos». En un número especial de *Zutik* de 1963, haciendo referencia a los *gudaris*, se leía que «nuestro camino está marcado con sangre en nuestros montes, por cuantos murieron gritando “Gora Euzkadi Azkatuta”». En 1964 los etarras anotaban «que no se siga a quien es víctima de una agresión de emplear tal arma o tal táctica; hemos perdido en 1937 una batalla pero no la guerra; la guerra no ha acabado»³⁴.

En diciembre de 1959 ETA colocó tres explosivos caseros y el 18 de julio de 1961, aniversario del «Alzamiento Nacional», intentó hacer descarrilar un tren de «excombatientes vascos franquistas», «traidores a Euzkadi», que, como cada año, acudían a San Sebastián a conmemorar la efeméride. Era todo un símbolo: los nuevos *gudaris* continuaban la guerra de sus padres atacando a los enemigos que los habían derrotado. No era más que un primer ensayo sin víctimas mortales. Los etarras debatían sobre tácticas insurreccionales, pero no pasaron de hacer algunos experimentos de baja intensidad, a veces en colaboración con EGI. Así, por ejemplo, en 1964 *Gudari* denunció «la acción genocida» de un maestro de pueblo contra el euskera. Poco después miembros de ETA le dieron «una paliza de la que probablemente quedará marcado. Y esto no es violencia... esto es autodefensa». Ahora

³² *Zutik*, Caracas, nº 14, 1961, y *Zutik*, XII-1961/XII-1962, y IV-1962. «La insurrección en Euzkadi», en *Documentos Y*, Hórdago, San Sebastián, 1979, vol. III, p. 21-70.

³³ *Irrintzi*, nº 5, 1958, *Euzkadi Azkatuta*, nº 30, IV-1960, nº 47, IX-1961, nº 75, I-1964, nº 81, VII-1964, *Tximistak*, I-1961, III-1962, V-1964, IV, VI y VII-1966, *Boletín del Consejo de Contribución a la Resistencia Vasca* México de 1964 a 1969.

³⁴ José María GARMENDIA, *Historia de ETA*, San Sebastián, Haranburu, 1996, p. 152-160. *Zutik*, XII-1961/I-1962, nº 8, XII-1962, nº especial *Aberri Eguna*, 1963, nº 17, 1964, y nº 18, 1964.

bien, a pesar de sus proclamas, la organización postergó la tan ansiada «lucha armada» hasta finales de la década³⁵.

En 1967 los etarras llevaron a cabo más de cien ataques contra símbolos franquistas y a principios de 1968 colocaron numerosas bombas. El 2 de junio de ese año la dirección de ETA, uno de cuyos miembros más destacados era *Txabi* Etxebarrieta, decidió asesinar a los jefes de la Brigada Político-Social de Bilbao y de San Sebastián. El 7 de junio el guardia civil José Antonio Pardines paró en un control rutinario el automóvil robado en el que iban *Txabi* y su compañero Iñaki Sarasketa. Cuando Pardines comprobó que los números de la documentación y del bastidor del coche no coincidían, Etxebarrieta le disparó por la espalda. Lo remató de cuatro tiros en el pecho. En la huida posterior, *Txabi* y Sarasketa fueron interceptados en Benta Haundi (Tolosa) por agentes de la Benemérita. Se inició un tiroteo en el que fue abatido Etxebarrieta. A principios de los años sesenta había escrito dos poesías dedicadas a la figura del *gudari*. La segunda de ellas, en la que adoptaba el punto de vista del combatiente muerto durante la Guerra Civil, terminaba así: «solo en los sembrados, no nacidos / Hay algo / ...que yo espero». El mismo *Txabi* había sido el primero de los nuevos *gudaris* en matar y morir. ETA difundió su particular versión de los acontecimientos en la que Etxebarrieta, en vez de como el asesino, aparecía como la víctima sacrificada por la Guardia Civil. Fue representado como un héroe que había inmolidado su vida por la patria: el «Primer Mártir de la Revolución». Por el contrario, a Pardines se le borró de la historia o se le reservó el papel de agresor. En agosto un comando de ETA asesinó a Melitón Manzanos, jefe de la Brigada Político-Social de San Sebastián. La dictadura desató una tremenda represión policial. Desde el exilio, los viejos nacionalistas radicales felicitaron «efusivamente» a la banda. «Ya está en marcha el nacionalismo vasco por el único camino que se pudo seguir para recuperar los derechos avasallados de la Patria: la violencia». En palabras de Antonio Elorza, ETA estaba intentando «convertir la guerra imaginaria en guerra real, con el sucedáneo del terrorismo»³⁶.

Conclusiones

Durante la larga dictadura franquista en el seno de la comunidad *abertzale* se transmitió intergeneracionalmente una memoria distorsionada de la Guerra Civil. El ejemplo más paradigmático fue la apoteosis de la figura del *gudari* como héroe o mártir, que tuvo una enorme influencia en la nueva generación de nacionalistas aparecida durante los años cincuenta y, sobre todo, sesenta. El deseo de emular o vengar a los *gudaris* de 1936-1937, de continuar la contienda que estos habían perdido, estaba muy presente tanto en los militantes de EGI como en los de ETA, aunque solo estos últimos dieron el paso efectivo a la «lucha armada», es decir, a la estrategia violenta que durante los primeros años setenta se convirtió en expresamente terrorista. La glorificación de los *gudaris* de ayer fue, como se ha visto, simiente de los *gudaris* de hoy, algo que bastantes de ellos reconocieron sin tapujos en sus publicaciones. Jon Juaristi lo sintetizó en su más célebre poesía, «*Spoon River Euskadi*»:

35 *Zutik*, Caracas, nº 13, 1961, nº 38, 1964. Gaizka FERNÁNDEZ SOLDEVILLA y Raúl LÓPEZ ROMO, *Sangre, votos, manifestaciones. ETA y el nacionalismo vasco radical (1958-2011)*, Madrid, Tecnos, 2012, p. 275.

36 Gaizka FERNÁNDEZ SOLDEVILLA, *op. cit.*, p. 62. Javier ETXEBARRIETA, *Poesía y otros escritos. 1961-1967*, Tafalla, Txalaparta, 1996, p. 50 y 53. Antonio ELORZA, *La religión política. «El nacionalismo sabiniano» y otros ensayos sobre nacionalismo e integrismo*, San Sebastián, R&B, 1995, p. 52. *Iraultza*, 1968, *Zutik*, nº 59, VII-1968, y *Frente Nacional Vasco*, nº 41, 1968.

Te preguntas, viajero, por qué hemos muerto jóvenes
y por qué hemos matado tan estúpidamente.
Nuestros padres mintieron: eso es todo.

Aquella manipulación de la historia reciente del País Vasco y Navarra no fue la causa directa de la opción violenta de una parte de la nueva generación de nacionalistas vascos radicales. Tan solo se trató de uno de los distintos factores (como los modelos anticoloniales, el contexto de la dictadura franquista, la ruptura generacional con el PNV o la narrativa aranista) que condicionaban a los jóvenes etarras cuando estos, libre y conscientemente, tomaron la resolución de comenzar a asesinar.

